

JAVIER MUÑOZ DE MORALES GALIANA | ÁLVARO PINA ARRABAL
(EDS.)

El concepto de cultura en el mundo hispánico (1774-1845)

Manifestaciones artísticas e históricas



Juego de Gallos en Acapulco.

EL CONCEPTO DE LA CULTURA
EN EL MUNDO HISPÁNICO
(1774-1845)

EL CONCEPTO DE LA CULTURA
EN EL MUNDO HISPÁNICO
(1774-1845)

Manifestaciones artísticas e históricas



JAVIER MUÑOZ DE MORALES GALIANA

ÁLVARO PINA ARRABAL

(eds.)

EDICIONES TREA

Este libro ha recibido una ayuda a la difusión de resultados de investigación del Departamento de Filología de la Universidad de Cádiz.

Proyecto «Re-importing the novel: free and unacknowledged translations of foreign fiction in Spain (1769-1845) (1228924N)», financiado por el FWO.

ESTUDIOS HISTÓRICOS LA OLMEDA
COLECCIÓN PIEDRAS ANGULARES

Primera edición: marzo de 2026

© del texto: los autores de cada capítulo, 2026

© de esta edición: Ediciones Trea, S. L.
C/ Gran Capitán, 52
33213 Gijón (Asturias)
Tel.: 985 303 801 / Fax: 985 303 712
trea@trea.es / www.trea.es

Producción: Patricia Laxague Jordán

Depósito legal: AS 00091-2026
ISBN: 979-13-88179-07-5

Impreso en España. *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo por escrito de Ediciones Trea, S. L.

La Editorial, a los efectos previstos en el artículo 32.1 párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas de esta obra o partes de ella sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Índice

Prefacio	9
JAVIER MUÑOZ DE MORALES GALIANA (<i>Universiteit Gent</i>)	
ÁLVARO PINA ARRABAL (<i>Universidad de La Laguna</i>)	
Literatura romántica y Nueva mitología	13
LUIS BAUTISTA BONED (<i>Universitat de València</i>)	
Estudios etnográficos en la Expedición Malaspina a través de fuentes escritas e ilustradas	27
SHEILA ARROYO RODRÍGUEZ-PERAL (<i>Universidad de Castilla-La Mancha</i>)	
Causas célebres e imágenes nacionales: el crimen del comerciante Francisco del Castillo visto por los autores extranjeros	39
REBECA MARTÍN (<i>Universitat Autònoma de Barcelona</i>)	
¿Es la narrativa histórica española derivativa de Walter Scott? Sobre cultura y costumbrismo en la novela del movimiento romántico	53
JAVIER MUÑOZ DE MORALES GALIANA (<i>Universiteit Gent</i>)	
Trazas de la cultura en la obra de Joaquín del Castillo y Mayone	67
ÁLVARO PINA ARRABAL (<i>Universidad de La Laguna</i>)	
Meridianos de opresión: refracciones decimonónicas del fantástico peninsular (1824-1842) y formas de validación exógena	81
JUAN JESÚS PAYÁN (<i>Lehman College, City University of New York</i>)	

José Joaquín de Mora contra los principios políticos en el canto VI del <i>Don Juan</i> (1844)	101
ALBERTO CUSTODIO ROMERO VALLEJO (<i>Universidad de Oviedo</i>)	
La cultura como transfiguración de la historia fragmentada 1830-1850: Desde el autorreconocimiento histórico hasta más allá el estado-nación	117
ANDREW GINGER	

Trazas de la cultura en la obra de Joaquín del Castillo y Mayone

ÁLVARO PINA ARRABAL
Universidad de La Laguna

Por su raigambre humanista, la noción de *cultura* adolece de una holgura conceptual similar a la de otras como *arte* o incluso *literatura*. Esto en ningún caso implica que en su indefinición esté su definición, sino, más bien, que se trata de términos delimitables tan solo desde su propia naturaleza de constructos sociales. El de la cultura es, en particular, uno de carácter muy heteróclito, que ya Tylor (1871: 65) explicó como «that complex whole which includes knowledge, belief, art, morals, law, custom, and any other capabilities and habits acquired by man as a member of society». En otras palabras, la cultura es un hiperónimo de categorías a su vez amplias como *arte*, *moral* o *formas de vida*; es una conceptualización normativizada que parte de lo establecido y que encuentra su razón de ser más habitual en una técnica y/o materia preexistente. Acaso porque comprende tanto una dimensión física de la realidad (objetos, seres) como otra mental o abstracta (el folklore, la interpretación artística), Williams (1960: 37) la definió —siguiendo a Wordsworth— como «the ‘embodied spirit of a People’, the true standard of excellence». De esta percepción se desprende un halo de superioridad y elitismo, característico de muchas figuras románticas y del que deriva el sentido de *culto* para describir a aquel individuo distinguido sobre quienes carecen de una determinada instrucción.

Estas y otras visiones de la cultura se hallan objetivadas en la obra, heterogénea *per se*, del escritor decimonónico Joaquín del Castillo y Mayone. En su producción conviven diversos elementos que, con frecuencia, admiten una lectura en clave cultural: patriotismo y liberalismo, corrupción clerical y despotismo, historiografía sobre la Inquisición y los frailes, enseñanza de la lengua española, matrimonio, el papel social y amoroso de mujeres y hombres, civilización y barbarie o satanismo y brujería. En ocasiones, sin ir más lejos, estas ideas aparecen perfiladas de manera explícita mediante el empleo de la palabra *cultura* y su familia léxica. La intención que motiva el presente capítulo es, por ende, rastrear y comentar todas las huellas en torno a la cultura que se dan cita en los libros del autor, desconocido para el gran público y cuyo grueso de publicaciones se concentra en la década de 1830. Su carácter polifacético cristaliza en un abanico de textos de distinto tipo y grado de

ficción (en función de su mayor o menor cercanía a los hechos históricos), lo que igualmente media la plasmación de las distintas ideas de cultura. Por ello, en lo sucesivo se seguirá una clasificación, basada más en lo temático que en lo cronológico, que permita desgranar el componente cultural de los escritos seleccionados para el estudio. Sobra aclarar que este trabajo no agota el tema y se podrá ahondar más en las relaciones entre la cultura y su obra tanto a partir de los textos aquí trabajados como de otros no examinados en profundidad por razones de espacio.

Es habitual que, a lo largo de su producción, Joaquín del Castillo ajuste una determinada percepción de la cultura a sus propios valores ideológicos. Un primer ejemplo evidente de esta supeditación se encuentra en *El incógnito en el subterráneo* (1833a), una historia dialogada a la manera teatral en la que una presunta «justicia» (Castillo y Mayone, 1833a: 11) captura supuestos culpables para encerrarlos en prisiones. Dado que en ningún momento se explicitan el tiempo y el espacio, la trama queda envuelta en un aura de misterio; no por nada, el autor declara en el prólogo haber construido la ficción con un afán más esencialista que contextual. Cierta o no, pues simplemente podría estar evitando la censura, no hay duda de que con ello propicia la múltiple interpretación, desde los excesos del absolutismo en su época hasta los de cualquier grupo de poder en otros muchos momentos históricos (que él mismo analiza en otros de sus libros). Partiendo de esta premisa, crea la siguiente conversación entre una de esas víctimas presumiblemente inocentes, Delmiro, y el fiscal del caso:

Delmiro.

¿Y cómo se apellidan esos tales?

Fiscal.

No puede manifestarse su nombre.

Delmiro.

¿Y cómo podré yo defenderme de los acusadores y testigos, si se me ocultan sus nombres?

Fiscal.

Lo que ellos dicen está bien dicho.

Delmiro.

Eso no se ve sino en países incultos.

Castillo y Mayone (1833a: 144)



Aunque la enmascara parcialmente remitiendo a «países», la acepción de *inculto* utilizada no es otra que la de enemigo de la libertad y la verdad que tanto preconizó, en el fondo porque para él cultura y liberalismo van de la mano. Este binomio no debe confundirse, huelga decir, con el llamado liberalismo cultural o social, sino tan solo entenderse dentro del pensamiento progresista del momento, cuando la retórica empleada por un bando y otro rozaba —cuando no caía en— el maniqueísmo. Para Castillo y Mayone la cultura era insoluble en la falsedad y la opresión, y para ilustrarlo narra esta escena en la que una parte represiva subyuga de un modo bastante gratuito a otra reprimida.

La realidad, empero, es a menudo multiforme y refractaria: el bando absolutista también esgrimió acusaciones similares contra el liberal. No sin ironía, el propio del Castillo ofrece una muestra clara de ello en *La ciudadela inquisitorial de Barcelona* (1840),¹ una de varias obras en que señala y denuncia —desde su perspectiva ideológica— los abusos cometidos por el gobierno absolutista en el contexto barcelonés. Entre otros muchos hechos, cuenta la sublevación de parte del pueblo contra el capitán general Manuel Llauder, que huye un 28 de julio de 1835 a Mataró tras haber pasado la noche recluido en la ciudadela (donde los absolutistas llevaban a muchos presos), y deja escrita «una proclama» (Castillo y Mayone, 1840: 174). Lo que hace en este punto el autor es remitir a una nota, incluida en la prolija sección final del libro, en la que aporta el texto íntegro de Llauder (que firma como marqués del Valle de Rivas). La elección del léxico por parte de este es muy perspicaz, ya que tacha a los liberales de «turbulentos», «malvados», «perturbadores», «infractores» o «asesinos» (Castillo y Mayone, 1840: 340-341) a la par que encumbra a las fuerzas absolutistas como aquellas capaces de mantener el orden y proteger la ciudad y a sus habitantes de semejante vandalismo. Hacia el final del comunicado el capitán apunta que, de no intervenir ellos, se desvirtuarían «la cultura, humanidad y sensatez que distingue al pueblo de la industriosa capital de Cataluña» (Castillo y Mayone, 1840: 341). En esta tríada de rasgos, la cultura —referida en un sentido amplio— queda instrumentalizada en cuanto valor periclitado por el liberalismo. El hecho de que Joaquín del Castillo inserte, a modo de intratexto, esta notificación en su propio libro no hace sino conferirle una dimensión ulterior: lo que, leído de forma aislada, sería un mero anuncio —evidentemente sesgado— de la autoridad al mando, en el marco de *La ciudadela inquisitorial de Barcelona* pasa a ser una soflama digna de vituperio y anatema. La propia cultura, por extensión, deja de ser un bien en peligro para ser el pretexto de un gobierno tiránico con el que hay que acabar. En esta

¹ La primera edición de la obra es de 1835, la segunda de 1836 y la tercera y última de 1840. Aquí se maneja esta última por ser la más completa y contener añadidos del autor con respecto a las versiones anteriores.

ocasión el escritor ni siquiera necesita explicitar su pensamiento, porque el tono general asimila y canaliza su postura a través del texto de su adversario.

Teniendo en cuenta la connotación, normalmente positiva, del término *cultura* y sus derivados, no debe sorprender que el autor los emplee a lo largo de su producción en calidad de epítetos laudatorios. Sin ir más lejos, si se establece una taxonomía —anacrónica— de sus obras en *literatura* (en prosa y en verso), *historia* y *ensayo*, este uso se puede constatar en textos adscribibles a cada una de las tres categorías.

En *Las bullangas de Barcelona* (1837a), Joaquín del Castillo ofrece un testimonio, en siete capítulos, de unas revueltas narradas sin apenas distancia temporal. En la VI, acaecida los días 13 y 14 de enero de 1837, lamenta el autoritarismo y la división en bandos que azotan España. Mediante uno de sus mencionados epítetos, y en el marco de los tumultos, destaca la cultura característica de la capital catalana y amplifica, con ello, la sensación de adversidad: «Las grandes poblaciones son el campo de estas batallas, de estos desastres políticos, y la culta Barcelona, núcleo de los partidos después de la Corte, ha visto con dolor salir al combate a sus propios hijos» (Castillo y Mayone, 1837a: 85). La elección del adjetivo *culta* para elogiar la ciudad condal, por encima de otros muchos posibles, no es en absoluto baladí, pues es uno de los que más directamente transmite la valía general del lugar. Acaso consciente de que un elemento luminoso se acentúa más sobre un fondo oscuro, y viceversa, el autor alaba Barcelona al tiempo que pone la atención sobre la coyuntura que esta atraviesa, en buena medida metonimia de la del país. A esto hay que sumar la batalla retórica por detentar la imagen del que era un espacio de poder importante; que un liberal lamentara así lo sucedido en una ciudad significativa, y que él mismo evidenciaba apreciar, ponía en tela de juicio al enemigo, el absolutismo.

En la novela *Adelaida o el suicidio* (1837b),² cuya primera parte se ha destacado menos por no guardar relación directa con el tema principal (el desengaño amoroso y la muerte de la protagonista), se lee: «Ni un instante dormía, ni un momento descansaba, cada minuto cogía el antejo, y desde la proa me ponía a observar si alcanzaba a distinguir la punta occidental de la culta Europa» (Castillo y Mayone, 1837b: 41). Resulta muy elocuente que el narrador utilice este calificativo en este momento de la trama, cuando regresa a España desde México tras haber estado exiliado en Sudamérica (por asesinar al marido de su amante) y sobrevivido a la revolución de independencia colonial en Chile contra los españoles. El autor pone exactamente el mismo sintagma, «la culta Europa», en boca de Esmeraldo en *Ex-*

² La primera y la segunda edición de la obra son de 1833 y la tercera es de 1840. Nuevamente, aquí se maneja esta última por ser la más completa y contener añadidos del autor con respecto a las versiones anteriores.

clamaciones de un expatriado, en este caso para lamentar la destrucción interna que sufre: «Deshecha en civil guerra, solo anhela / Bárbara destrucción» (Castillo y Mayone, 1833b: 22). Ambas obras se publicaron por primera vez en 1833 y en ambas se plantea, de forma implícita pero palpable, el tema de *civilización y barbarie*, que el escritor parecía afanado en reflejar en, especialmente, los primeros años de su producción: en *El buen hijo, y el matrimonio fraterno* (1832a), no escatima en detalles a la hora de describir el brutalismo con el que una tribu antropófaga —imaginada— violenta a los personajes que han ido a parar a su isla tras un ataque pirata; en *Viaje somniaéreo a la luna* (1832b), un mahometano cuenta cómo un francés con el que convivió al comienzo de la historia le «instruía en las ciencias europeas, por medio de las cuales me sacaba poco a poco de algunos errores y fanatismos» al tiempo que él «le instruía en las costumbres del país y le hacía ver hasta qué punto llega el idiotismo de mis paisanos» (Castillo y Mayone, 1832b: 36); en *Los exterminadores* (1835), condena la idolatría (la adoración de imágenes en lugar de Dios) y advierte que no es exclusiva de las comunidades bárbaras, puesto que también en las supuestamente cultas hay quienes incurren en dicha práctica: «Se ha seguido que muchos moradores de pueblos incultos, y aun algunos de los civilizados, son en cierto modo unos idólatras, pues que, confiando en la potestad de hacer milagros de tal o tal santo, se olvidan enteramente del ser Supremo» (Castillo y Mayone, 1835: 30-31). Aunque con variantes temáticas, en todas estas situaciones —sucesos concretos dentro de marcos narrativos mayores— subyace la dicotomía entre lo civilizado conforme a la norma europea (concepto dieciochesco) y lo salvaje,³ que en la mayoría de estos textos de Joaquín del Castillo implica también una diferencia cultural (geográfica, racial, religiosa). Incluso en *Exclamaciones de un expatriado*, donde la otredad belicosa está en el seno de la propia Europa, el autor remite al barbarismo de la guerra y a cómo esta pone en jaque la estructura sociocultural establecida; justo al comienzo, el protagonista-narrador lamenta en su carta que «la belicosa Francia» lo haya obligado a exiliarse de «la dulce patria mía» (Castillo y Mayone, 1833b: 7) y, con ello, literaturiza el caso de numerosos desterrados durante la guerra de la Independencia Española (1808-1814).

En la Francia y Gran Bretaña de los siglos XVIII y XIX *cultura* era sinónimo de *civilización*, si bien se prefería esta última palabra (Encyclopaedia Herder, 2017: s. p.). A lo largo de su producción, Joaquín del Castillo refleja cierto afrancesamiento (especialmente en las fuentes), por lo que no debe sorprender que heredara el pos-

³ Se trata de un enfoque de largo recorrido, presente en el mundo hispánico desde los escritos de Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas (Lepe-Carrión, 2012) hasta llegar, en la primera mitad del XIX, a *Sofía y Enrique* (1829), de Vicenta Maturana (Muñoz de Morales Galiana, 2022: 15-16) o al *Facundo o civilización y barbarie* (1845), de Domingo Faustino Sarmiento.

tulado de *civilización y barbarie* y lo combinara —inconscientemente o no— con la idea de cultura. Más interesante si cabe, en relación con este tópico y la cultura, es *Atalaya observatoria de ambos sexos* (1833c), un manual de comportamiento amoroso para hombres y mujeres en el que presenta, con un tono moralizante, todo un elenco de estereotipos. Merece la pena citar completa la siguiente reflexión, incluida en la introducción misma:

[...] se encuentra en el hombre rústico más freno y moderación que en el ilustrado⁴ o el salvaje, pues el primero se considera un semidios sobre la tierra, se desmoraliza y cree tener derecho para dominar a los más débiles de su misma especie, solo porque conoce el mundo y se le presenta a su vista bajo diferente aspecto que a los otros, a quienes la ignorancia tiene sumidos en el más loco fanatismo: el salvaje, por el contrario, enteramente desposeído de su cultura, sin policía, sin leyes y aun sin saber por qué existe, es casi semejante a un automaton que ignora las causas de su movimiento y el fin para que fue formado.

Castillo y Mayone (1833c: 7-8)

Exculpa parcialmente al hombre rústico en detrimento del ilustrado y, en especial, del salvaje, al que reprueba por su total carencia de inteligencia cultural, esto es, por el desconocimiento de sus propios mecanismos de vida y costumbres. Si, como se ha indicado, la cultura es un constructo social, para Castillo y Mayone el salvaje es aquel que se mueve por el instinto y lo netamente físico, sin hacer uso alguno ni de su capacidad de abstracción ni, en general, de cualquier proceso mental distinto del automático; se trata de lo que Maestro (2017: 228) denomina «un conocimiento o una cultura cavernícolas: un tercer mundo semántico». Esto no implica que el individuo no tenga cultura, sino simplemente que no es en absoluto consciente de ella. No en vano, como ha planteado Bartra (2014: 19), hay partes del cerebro que podrían estar determinadas en función de patrones socioculturales, de manera que incluso la consciencia podría depender de fenómenos ajenos a los del propio órgano (el «exocerebro»). Siendo así, se podría argumentar que tanto el comportamiento como el cerebro mismo del hombre salvaje están influidos por mecanismos de orden cultural que no comprende de forma racional debido a su poca o nula metacognición. La peculiaridad de este tipo masculino apuntado por del Castillo habría que precisarla, por ende, más en el hecho de que no sea consciente de su sistema simbólico («enteramente desposeído de su cultura») que de que no tenga ninguno, lo que constituiría una falacia retórica habitual. En última instancia, podría afirmarse que cuanto más abunda este individuo embrutecido en una sociedad

⁴ No es esto tan general que carezca esta proposición absolutamente de algunas excepciones con respecto al hombre ilustrado [nota a pie en el original].

más cerca queda esta de lo que Jules Michelet calificó, durante una conversación recogida por Arnold (1869: 57) a propósito del pueblo francés, como «a nation of barbarians civilised by the conscription». La cita aparece también en Mattelart y Neveu (2004: 28), que añaden un matiz concerniente a Inglaterra, donde creen que la educación debería suplir la «falta de servicio militar obligatorio» para evitar convertirse en ese país de bárbaros civilizados. La idea puede extenderse a la cultura en el sentido análogo de *incultos instruidos* o del más actual *analfabetismo funcional*. No ha de impactar que un ilustrado como Castillo y Mayone estigmatizara, en fin, a un hombre como el salvaje.

Más llamativo puede resultar que en *Atalaya observatoria de ambos sexos* criticara, a la par, estereotipos en las antípodas del anterior. Es, en concreto, en el primer bloque, dedicado al sexo masculino, donde más se prodiga al respecto, discurrendo sobre más de una decena de «caracteres que distinguen a los hombres, por los cuales será fácil a la mujer descubrir las intenciones del que la solicita» (Castillo y Mayone, 1833c: 67). No hay que dejar de subrayar que es este, aconsejar a hombres y mujeres en el amor, el principal objetivo con el que publicó este manual, lo que era relativamente habitual en la época.⁵ De especial interés aquí es la descripción, cáustica, que hace del hombre «culto y afectado: Hombres hay que suponen consistir la cultura en la afectación y en la palidez esmerada y extravagante. Así es que emplean en su lenguaje un estilo particular, por el que se viene desde luego en conocimiento de su mucha afectación» (Castillo y Mayone, 1833c: 83-84). Aunque no lo menciona explícitamente, resuena de forma estentórea el cliché de los *eruditos a la violeta*, habitual en la literatura dieciochesca y título, sin ir más lejos, de una sátira publicada por José Cadalso en 1781. Recuérdese también que, en el plano literario, el padre Feijoo había reconvenido a los poetas españoles por su estilo excesivamente recargado y alardoso (Olay Valdés, 2015: 366). Para del Castillo, la virtud parece situarse en un término medio aristotélico, y ni la incultura del salvaje ni la artificiosidad del «culto y afectado» satisfacen, desde su punto de vista, tal ideal. Que se refiera a este último tipo mediante un binomio de adjetivos sugiere que no considera necesariamente ampuloso al hombre culto sin más, sino cuando a su erudición añade la ostentación en las formas, en esta ocasión con la intención de seducir.

Dada su amplitud semántica, la cultura puede presentar también un cariz ambivalente e incluso pernicioso, que Castillo y Mayone deja traslucir con bastante claridad cuando discurre sobre religión. En la citada *Los exterminadores* (1835), plasma una visión bastante personal —amparándose en la historia— sobre aspectos como la libertad, las formas de gobierno o el papel de la religión a lo largo del

⁵ Obras afines de la década anterior y posterior son, respectivamente, la *Physiologie du mariage* (1829), de Balzac, y el *Diccionario filosófico del amor y las mujeres* (1848), de Teodoro Guerrero.

tiempo. El hecho de que, como se ha señalado arriba, critique la idolatría lleva a plantear si era realmente católico o si no tendía más al protestantismo de manera encubierta, pues es bien sabido que la España en la que vivió era eminentemente católica. El culto a las imágenes no es, desde luego, forzosamente incompatible con el catolicismo, pero no es menos cierto que ha sido un elemento de reproche habitual por parte del protestantismo, lo que legitima la duda. El autor manifiesta lo siguiente con relación a los pasajes imaginados en las vidas —presuntamente históricas— de santos:

La vida histórica de varios santos ha sido mezclada en los escritos de algunos con mil patrañas inventadas por los mismos compositores, por el espíritu de partido o por otras diferentes causas, tal vez con el fin de excitar más en los pechos de los fieles el amor y la veneración a los mismos, pero de cualquier modo que esto haya sido, siempre es reprehensible mezclar en las relaciones históricas de las vidas de los santos casos raros y sorprendentes, milagros sin necesidad, sandeces insustanciales y otras cosas increíbles, cuya falsedad no se le escapa ya a primera vista al lector culto, a quien desde luego se le hace descender de la fe y creencia de todo el contexto de la obra, que solo mira como una mera fábula.

Castillo y Mayone (1835: 31-32)

Ser «culto» equivale aquí a tener facultad de discernimiento, es decir, a disponer de la competencia necesaria para cribar lo verdadero de lo falaz y lo sustancial de lo superfluo en, en este caso, la materia religiosa. Lo que resulta particularmente digno de mención de este fragmento es el sesgo con el que el escritor instrumentaliza la cultura a fin de condenar lo que considera una dilatación desproporcionada de la sacralidad original. Mediante la retórica, posiciona al «lector culto» contra la «falsedad» del ensanchamiento (pseudo)religioso y, como corolario, lo orienta hacia la verdad de las fuentes bíblicas primarias. El problema radica en que, justamente por la comentada vaguedad de la noción de *cultura*, se genera una indeterminación en torno a los referentes reales de las abstracciones referidas por del Castillo: ¿quiénes entraban exactamente, para él, en el grupo de «lector culto»? Un análisis del término en el conjunto de su producción, como el que se trata de hacer en este trabajo, puede arrojar algo de luz al respecto (es evidente que bárbaros y absolutistas, por citar dos, no computan en su visión), pero siguen quedando cabos sueltos difíciles de atar debido a la propia tendencia a lo alegórico del pensador. Maestro (2017: 656-657) tacha de «definiciones idealistas aquellas que delimitan un término al margen de referentes materiales físicos»; Castillo y Mayone, huelga aclarar, no buscó definir qué es la cultura, pero, precisamente porque alude recurrentemente a ella y a sus derivados léxicos sin haber establecido de forma nítida sus límites,

da pie a significaciones —como la señalada— que no quedan siempre claras. Esta ambigüedad es, en buena medida, similar a la que se da con otros conceptos y en otros muchos autores, que en unas ocasiones aprovechan de manera deliberada su indefinición para crear anfibologías y, en otras, simplemente predisponen al error interpretativo de modo inconsciente y no buscado.

El interrogante mismo de si del Castillo era católico o protestante obedece, en rigor, a la relativa porosidad de ambas ramas en cuanto que delimitaciones parcialmente cimentadas sobre lo abstracto. Su objetivo principal en los escritos con grado de ficción bajo (ensayo, historia) fue denunciar los excesos que a menudo se cometían en nombre de la religión. Sin ir más lejos, en el prólogo de la *Frailismonia* (1836a) pide al lector que no deduzca en su obra una ofensa al estamento eclesial en su conjunto: «Somos católicos, apostólicos, romanos, y como tales tomamos la pluma, no para rebatir la doctrina de la Iglesia, sino para patentizar al mundo los abusos que [...] se han introducido en los claustros» (Castillo y Mayone, 1836a: VI). El moralismo anticlerical del autor queda, en efecto, patente en esta y otras de sus publicaciones, como *El fraile, o la reliquia entre las ruinas* (1837c) y *Liki, o la catecúmena* (s. f.). Siendo este su propósito, cabe pensar en sus críticas a elementos típicamente católicos como un daño colateral, no deseado, del necesario ataque a quienes corrompen el seno de la fe. Se trataría, aquí sí, de una filípica acometida más contra personas concretas que contra las ideas católicas en general, salpicadas sin intención. Por otro lado, resulta lícito esgrimir las partes en que su pensamiento se acerca más al de un protestante; habida cuenta de su escritura, Joaquín del Castillo manejaba bien la retórica y no sería el primer ni el último caso de litote para evadir la censura o la excomunión a lo largo de la historia. Lo más seguro es ver en él la figura de un católico convencido y decidido a purgar la gangrena eclesial mediante la escritura, pero no por ello hay que dejar de apuntar esta otra posibilidad.

El tinte conflictivo de la cultura con la religión se aprecia de manera diáfana en la mencionada *Liki, o la catecúmena* (s. f.). En esta novela epistolar, el autor plasma dos puntos de vista: el de los jesuitas (Seniofredo, Gastón, Methodio) que ambicionan catequizar China y Japón a finales del siglo xvii —por lo que, en cierta medida, se trata de una novela histórica— y el de los habitantes autóctonos (Gingis, Tamerlán, Tatali) que luchan por preservar íntegra su cultura, cuando no sucumben (como le ocurre a Liki) a los cantos de sirena de los misioneros europeos. Molina Martínez (1998: 145) ha calificado la novela como «una crítica contra la evangelización histórica». En puridad, del texto se desprenden potenciales reproches a ambas facciones: si los evangelizadores aparecen por momentos representados como conspiradores y engañosos, los nativos asiáticos terminan destacando por la violencia

con que aniquilan a sus invasores.⁶ En la carta III, Tamerlán expresa lo siguiente a su compatriota: «¿A quién no hace llorar, amable Gingis, que unos hombres inadvertidos expongan al pueblo sencillo a formar de la religión una idea tan ajena de la verdad, abrazando el culto que nos traen los maliciosos europeos? ¿Qué pudiera temerse más de unos enemigos?» (Castillo y Mayone, s. f.: 31). Destaca, en primer lugar, el manejo del decoro por parte del escritor, capaz —empatía mediante— de recrear el sentir ajeno y de crear, con ello, una ficción poliédrica y moralmente compleja como la realidad misma.

En segundo lugar, del extracto hay que resaltar el empleo de la palabra *culto* con un significado distinto de los ya señalados. Como es sabido, el vocablo *cultura* procede del latín *cultus*, que en su origen estaba exclusivamente vinculado al cultivo de, por ejemplo, el campo (la *agricultura*). Con el tiempo, se sumó la acepción asociada al ámbito religioso en la medida en que la comunidad espiritual *cultivaba* —cuidaba— las deidades. En este sentido, la propia etimología reverbera ante el lúcido pensamiento de Eliot (1949: 15): «no culture has appeared or developed except together with a religion: according to the point of view of the observer, the culture will appear to be the product of the religion, or the religion the product of the culture». Si bien el español desarrolló después otra palabra, *secta*, para hacer referencia al surgimiento de grupos heterodoxos, idiomas como el inglés han conservado la forma *cult* para aludir tanto a la secta como al culto religioso. En *Liki, o la catecúmena*, el personaje de Tamerlán utiliza *culto* en este último sentido, el de un conjunto de ritos consagrado en honor a la divinidad. La singularidad de sus palabras está en que juzga la fe cristiana no solo incompatible con su creencia, sino perversa y antagónica a ella. Esto, hasta cierto punto, hace que el cristianismo sea, a sus ojos, una secta nociva, lo que refuerza —salvando las distancias— la conjetura, atribuida a Aldous Huxley, de que «maybe this world is another planet's hell». Irónicamente, el culto (católico) es, en la novela, enemigo de la cultura (oriental). La citada reflexión de T. S. Eliot pone de manifiesto que la religión lleva aparejada toda una serie de costumbres y formas de vida, *grosso modo* entendidas como cultura, que desaparecerían en caso de colonización. Es, no en vano, lo que sucedió en gran medida tras la conquista española de América y, más aún, tras el exterminio de la población americana a manos del imperio británico.⁷ El propio Castillo y Mayone escribe sobre la evangelización de América en el volumen segundo de la *Frailis-*

⁶ Castillo y Mayone parece haber asimilado esta idea de la ferocidad oriental a partir de lo expuesto por el abate Ducreux en su *Historia eclesiástica general, o siglos del christianismo* (1805). Se trata de una traducción del original en francés que el autor de *Liki* plagia al pie de la letra en las páginas correspondientes a los sucesos del Japón en el tomo segundo de la *Frailismonia* (1836b).

⁷ Léase *España frente a Europa* (1999), de Bueno, para una distinción entre *imperios generadores e imperios depredadores*.

monia (1836b: 7-17) para, una vez más, reprobar las acciones corruptas e ilícitas de diversos miembros del clero.

Por obvia que resulte, una última plasmación de la cultura en la producción de este escritor liberal hay que advertirla en sus dos libros de enseñanza del español: *Ortografía de la lengua castellana para uso de toda clase de personas* (1831) y *Arte metódico de enseñar a leer el español en 41 lecciones* (1847). Uno y otro son, curiosamente, la primera y la última obra que dio a la imprenta (amén de la que publicó como antólogo en 1853, *Flores del siglo*). La primera, aunque potencialmente útil para cualquier hablante, está confeccionada en particular para aquellos que tienen el catalán como lengua materna y que, por ende, son propensos a determinados errores fruto de la analogía indebida. La segunda obra la firma en calidad de «profesor de Instrucción Primaria», lo que da a entender que durante, al menos, algunos años de la década de 1840 (en la que *a priori* ya solo publica este manual)⁸ trabajó en la docencia reglada de niños. Más llamativo es que, si a principios de la década anterior no guardaba ninguna vinculación profesional con esta disciplina, iniciara sin embargo su intenso periodo creativo con una *Ortografía*. Tratándose de un hombre que manifestó una ambición formativa continua, procede pensar que confirió una gran importancia al correcto uso de la lengua. Al fin y al cabo, como argumentaron Kroeber y Kluckhohn (1952: 181), «[c]ulture consists of patterns, explicit and implicit, of and for behaviour acquired and transmitted by symbols, constituting the distinctive achievements of human groups, including their embodiment in artifacts». Si la cultura es un constructo social y las abstracciones no existen sino codificándolas y decodificándolas a través del lenguaje, dominar y transmitir este último se antoja una labor primordial para un ilustrado de su talle.

En este capítulo se ha intentado presentar un panorama de la relación entre el escritor decimonónico Joaquín del Castillo y Mayone y la cultura. Se ha priorizado el escudriñar las menciones explícitas que el autor hace de ella, tomando como corpus la totalidad de su producción conocida (una veintena de obras); tan solo se ha omitido la novela *Amor e infidelidad, o el Consorticidio* (1835), al encontrarse perdida y no haber sido posible el acceso por ningún medio a ella.

A la luz del estudio, queda patente la abundancia de referencias que el autor hace a la cultura, una noción tanto o más heterogénea que los temas que abarca. Cabe subrayar cómo adapta un elenco de ideas más o menos fijo a tipologías textuales diversas con grados de ficción bajo y medio. En términos cualitativos, hay que re-

⁸ Tanto a Joaquín del Castillo y Mayone como a Antoni Buxeres i Rosés se les ha atribuido *Barcelona en julio de 1840* (1844). Tras comprobar que Antoni Palau i Dulcet la adscribe a este último en su *Manual del librero hispano-americano*, la *Enciclopèdia.cat* ha optado, en el momento de escribir estas líneas, por dejar de asociarla con del Castillo.

saltar la presencia en su escritura de tópicos representativos de los siglos XVIII y XIX como el de *civilización y barbarie*, aplicado a escenarios tan distintos como el bélico, el amoroso e incluso el religioso. Este último factor permea varias de sus publicaciones y evidencia la estrecha relación existente entre cultura y religión. El hecho de que sus publicaciones cubran tanto los sucesos históricos de su tiempo como los de épocas pasadas permite reparar en la persistencia de determinados patrones en la diacronía de los siglos, tales como los abusos de poder o la corrupción eclesial. Lo mismo ocurre con los espacios, remotos muchas veces con respecto a su contexto de producción (de Barcelona a África, Asia, Hispanoamérica o el resto de Europa), pero segmentos de un mismo hilo conductor. Es en este punto donde el pensador instrumentaliza la cultura, en casi todas sus variantes léxicas y semánticas, para reivindicar su ideario de liberal progresista y anticlerical.

Incluso cuando del Castillo no utiliza explícitamente el término *cultura*, su obra refleja con mucha frecuencia el costumbrismo de la época, donde acaso mejor se aprecia la casuística cultural en forma de litigios, avatares y tendencias. Desde este y otros enfoques, la objetivación de la cultura en sus textos todavía admite nuevos estudios que se sumen al aquí realizado. Cuando gestó sus libros, nada desdeñables ni en cantidad ni en contenido, la cultura ya había pasado a ser mucho más que una mera porción de tierra que labrar. Es entonces cuando el camino de este liberal, olvidado entre los plúteos de la historiografía, se cruzó con la evolución sociolingüística de la cultura para denotar civilización, progreso y sed de libertad a través de su pluma.

Referencias bibliográficas

- ARNOLD, Matthew (1869): *Culture and Anarchy: an Essay in Political and Social Criticism*, Londres: Smith, Elder and Co., 15, Waterloo Place.
- BARTRA, Roger (2014): *Antropología del cerebro. Conciencia, cultura y libre albedrío. Versión ampliada*, México: Fondo de Cultura Económica.
- BUENO, Gustavo (1999): *España frente a Europa*, Barcelona: Alba.
- CASTILLO Y MAYONE, Joaquín del (1832): *El buen hijo, y el matrimonio fraterno*, Barcelona: Librería de M. Saurí y Compañía.
- (1832): *Viaje somniaéreo a la luna*, Barcelona: Imprenta de M. Saurí y Compañía.
- (1833a): *El incógnito en el subterráneo, o sean las persecuciones*, Barcelona: Imprenta de Indar.
- (1833b): *Exclamaciones de un expatriado, o Esmeragdo y Clarisa*, Barcelona: Imprenta de D. Ramón Martín Indar.
- (1833c): *Atalaya observatoria de ambos sexos*, Barcelona: Imprenta de Indar.

- (1835): *Los exterminadores*, Barcelona: Imprenta de D. R. M. Indar.
- (1836a): *Frailismonia. Tomo primero*, Barcelona: Imprenta de Indar.
- (1836b): *Frailismonia. Tomo segundo*, Barcelona: Imprenta de Indar.
- (1837a): *Las bullangas de Barcelona*, Barcelona: Imprenta de A. Gaspar y Compañía.
- (1837b): *Adelaida o el suicidio. Tercera edición*, Barcelona: Imprenta de D. R. Indar.
- (1837c): *El fraile, o la reliquia entre las ruinas*, Barcelona: Imprenta Nacional de Saurí.
- (1840): *La ciudadela inquisitorial de Barcelona. Tercera edición*, Barcelona: Imprenta de D. Manuel Saurí.
- (s. f.): *Liki, o la catecúmena*, Barcelona: Imprenta de José Taulò.
- DUCREUX, Abate (1805): *Historia eclesiástica general, o siglos del christianismo*, Madrid: s. l.
- ELIOT, Thomas Stearns (1949): *Notes towards the Definition of Culture*, Londres: Faber and Faber Limited.
- ENCYCLOPAEDIA HERDER (2017): «Etimología y evolución del término “Cultura”», *Cultura*. Disponible en <<https://encyclopaedia.herdereditorial.com/wiki/Cultura>> (última consulta: 10/12/23).
- KROEBER, Alfred Louis y KLUCKHOHN, Clyde (1952): *Culture: a Critical Review of Concepts and Definition*, Harvard University Peabody Museum of American Archeology and Ethnology Papers 47.
- LEPE-CARRIÓN, Patricio (2012): «Civilización y barbarie. La instauración de la “diferencia colonial” durante los debates del siglo XVI y su encubrimiento como “diferencia cultural”», *Andamios*, 9.20, pp. 63-88. Disponible en <<https://www.redalyc.org/pdf/628/62826835003.pdf>> (última consulta: 29/11/23).
- MAESTRO, Jesús González (2017): *Crítica de la Razón Literaria*, Vigo: Academia del Hispanismo.
- MATTELART, Armand y NEVEU, Érik (2004): *Introducción a los estudios culturales*, Barcelona: Paidós.
- MOLINA MARTÍNEZ, José Luis (1998): «Joaquín del Castillo y Mayone», *Anticlericalismo y literatura en el siglo XIX*, Murcia: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia, pp. 145-150.
- MUÑOZ DE MORALES GALIANA, Javier (2022): «Temor ante el presunto antiespañolismo de las colonias sublevadas: la independencia rioplatense en la novela *Sofía y Enrique* (1829), de Vicenta Maturana», *Secuencia*, 114, pp. 1-27.
- OLAY VALDÉS, Rodrigo (2015): «La poesía y sus constitutivos esenciales según Feijoo», *Cuadernos dieciochistas*, 16, pp. 339-369. Disponible en <https://gredos.usal.es/bitstream/handle/10366/130102/La_poesia_y_sus_constitutivos_esenciales.pdf?sequence=1&isAllowed=y> (última consulta: 10/12/23).
- TYLOR, Edward Burnett (1871): *Primitive Culture*, Cambridge: University Press.
- WILLIAMS, Raymond (1960): *Culture & Society. 1780-1950*, Nueva York: Anchor Books.

La transición de la Ilustración al Romanticismo fue un período de cambio decisivo tanto en lo social como en lo artístico y filosófico. Los pensadores alemanes de finales del XVIII y principios del XIX trajeron consigo una nueva forma de percibir la realidad y un nuevo concepto de *cultura*, que se propagaría desde entonces por Europa. Se aprecia, sin embargo, una complejidad adicional en lo tocante al mundo hispánico, donde estas ideas penetraron con cierta lentitud y dificultad debido, entre otros motivos, a la censura y a las actitudes críticas que muchas veces se tenían. En el presente volumen se busca analizar esta cuestión a través de ocho casos diferentes, relativos a la conexión que hubo en aquellos años entre la comunidad hispanohablante y la idea de *cultura*. Los estudios compilados abordan, de este modo, las bases ideológicas del Romanticismo hasta su cristalización en España, las percepciones que en Europa había sobre la cultura española y las actitudes críticas en torno a la cultura que pudo haber en los propios territorios hispanos desde un prisma literario, etnográfico o criminológico.